

La ola ultramontana

Es extraño que los periódicos de gran circulación que presumen de liberales algunos, y que pudorosamente se sienten republicanos otros, pero que afirman claramente sus ideas democráticas, no brillen por sus energías en combatir a diario la invasión clerical, cada día más provocadora, y sólo se hayan levantado, aunque debilmente, dos voces en el Parlamento para protestar de lo que se nos viene encima.

Romero Robledo, primero; Azcárate, después, han puesto de manifiesto que aquí el clericalismo, formado por esas cohortes de frailes, por esas legiones de jesuitas, por esos ejércitos de hermanos de ambos sexos, y de sus auxiliares, invade todas las esferas del Estado e impere en todas las corporaciones populares, y domine como verdadero señor y dueño en todos los hogares, porque está apoderado del corazón de nuestras mujeres e influye en todas las cuestiones del hogar, comenzando por la instrucción y la educación de los hijos.

No valen esas veladas advertencias de los grandes periódicos, y son de escaso efecto las manifestaciones de esos diputados que apenas si estereotipan en el *Diario de Sesiones* que nadie lee, porque esa gran prensa ni los comenta ni siquiera da cuenta de ellos.

El mal es tan hondo, caminamos tan rápidamente al abismo, que ya ha pasado el tiempo de los revulsivos, y se impone la operación quirúrgica para destruir en su origen y en sus causas esa ola que nos anega.

Campo abonado para el combate, porque en este gravísimo problema nacional están interesados, no sólo los republicanos y los democráticos, sino los liberales y los mismos católicos que consagran su culto a la verdadera iglesia de Cristo, pero que aman también todas las prerrogativas de la vida del Estado y de la vida de la familia, siguiendo las enseñanzas del Maestro en su famoso *Mi reino no es de este mundo*.

La masa general del país siente, indudablemente, el malestar; ve que no vamos por buenos caminos; se penetra de la ingerencia de las comunidades religiosas en materias completamente profanas, ajenas por completo a su misterio. Siente disminuir sus ingresos, que repletan la bolsa del obispo, del jesuita y del fraile. Mira cómo se enriquecen los primates de la política ultramontana y clerical, pero no llega a penetrar toda la gravedad del mal, toda la trascendencia de una política consagrada al beneficio y al servicio de los intereses vaticanistas y clericales, y es menester ponérselo bien de relieve, decirse un día y otro día; advertirle constantemente de los peligros, poniendo de manifiesto esos trabajos secretos para las multitudes, pero públicos y perfectamente transparentes para esos órganos de información.

En vez de dar cuenta a diario de esos reclamos, en vez de comunicar el santoral, en vez de esa serie de sueltos y artículos encomiásticos de las personas, en vez de los minuciosos detalles del crimen y de otras tantas cosas que se recorren del arroyo para llenar columnas y columnas, amén de lo que se dedica en la temporada a nuestra fiesta nacional; amén, en fin, de esa variada crónica, en la que en muchas ocasiones se padecen errores de bulto, en que juega un tristísimo papel alguna persona honrada, acusada de tremendo crimen, pudieran muy bien consignar en sus columnas esos crímenes que se perpetran en los conventos, esos abusos que cometen los jesuitas en las personas y en las haciendas de los españoles, esas espoliaciones arrancadas en la cabecera de un enfermo, esos excesos de autoridad de los obispos, que constituyen verdadera innovación de la Constitución y de la potestad civil, contra cuyas invasiones inclinan la cerviz las autoridades de todas clases, grados y jerarquías, porque el poder central los autoriza, y hasta ordena reverente atención y sumiso acatamiento a las decisiones de los prelados que nos han cabido en suerte.

Para ninguno de esos periódicos es un secreto la misión especialísima que lleva Pidal al Vaticano; nosotros, que somos tan humildes y que no tenemos accesos a centros ministeriales

ni a otros sitios donde se saben estas cosas, y a dijimos algo a raíz del nombramiento de dicho personaje. Un periódico de Madrid, descorramos el velo, pero esto es muy poco: hace falta que toda la prensa se haga eco de la especie, y que llegue a noticia de todos los ciudadanos de que ya de un modo descarado han arrojado los neos la máscara, y que muy pronto no habrá más leyes que los salmos y cantos jesuiticos; que España será una nación dependiente de Roma, y que nuestro presupuesto no será otra cosa que el haber que impongan los obispos, los frailes y los jesuitas al pueblo español, para sostenerlos a ellos y atender a todas sus necesidades.

Se transformará la desamortización, haciendo concesiones que vengan a gravar nuestra renta para constituir el peculio de la prodigalidad para lo que llaman iglesia de Dios.

La familia es de ellos; la educación a ellos les pertenece por entero; asaltan los domicilios privados para apropiarse de los bienes de los opulentos; seducen místicamente doncellas, arrancándolas a viva fuerza del hogar doméstico.

Ahora quieren para ellos la fortuna pública, y con un presupuesto especial que grave más y más a los contribuyentes.

«Español, ó te sientes hombre y ciudadano, ó te contentas con el papel de burro de fraile, dispuesto a producir para él, y cargar además con el producto de tu trabajo, para conducirselo a su granero y a sus inmensos depósitos. Elige.»

A. A.

Saludo a Kruger

El ilustre poeta Eduardo Rostand ha escrito desde Cambo, donde se encuentra convaleciente de penosa enfermedad, un hermoso saludo a Kruger con motivo de haber pisado tierra francesa, la tierra nativa de Rostand.

La traducción que sigue da una imperfecta idea del sentido trabajo publicado en *Le Figaro*, de París.

«Cuando arribaste a las playas de mi pueblo natal, ¡oh vencido a quien todos acogen como vencedor!, palideció mi rostro, sublime anciano, y me pareció que arribabas a nuestras costas y a mi corazón!»

«¡Jamás se ha visto nada semejante a tu viaje: la nave trirreme que, en tiempos pasados, tocó en estas playas para traernos la Belleza, no ofrecía a la leyenda futura poesía tan sublime y santa como esa pequeña canoa de un barco holandés, que desembarcó en tierra francesa al anciano afligido.»

«No; ninguno de los ciclos de la Historia registra nada tan trágico y tan hermoso como la aparición de este viejo, con sus antiparras y su sombrero de copa enlutado.»

«Priamo, al presentarse en la tienda de Aquiles, no fué más grande que este anciano vestido de negro, al presentarse en el balcón saludando al pueblo que le aclamaba.»

«Los balcones engalanados, las músicas, las flores, las aclamaciones... todo eso ha sido muy hermoso; pero yo pienso, pienso con el corazón palpitante, que el único grito posible es el que lanzó un hombre desconocido, mezclado con la muchedumbre: ¡Perdón para Europa!»

«¡Sí, perdón! ¡Perdón, Kruger! ¡Perdón, sublime viejo! Perdón para esta horrible Europa, que empieza a confesar su crimen; perdón para esta Europa, que, condenando los crímenes pequeños, acaba por permitirlos grandes; perdón para esta Europa, que consiente que sean oprimidos los débiles, que mata a los armenios; que asesina a la Grecia y se ensaña en los boers; perdón para Europa y sus Pilatos, que extienden con horror las manos lavadas sobre los sangrientos cadáveres de los justos que no supieron defender y salvar; perdón para esa muchedumbre de mercaderes egoístas y de diplomáticos

hipócritas; perdón para la molice, para la indiferencia, para la ironía y para el miedo... ¡Perdón para todos! ¡Perdón para esta vieja Francia! ¡Perdón para este pueblo, que sólo te ofrece sus aclamaciones platónicas; perdón para el soldado que se evanece del heroísmo de Villebois y se queda en París... ¡Perdón para los poetas cuya lira permanece mudal»

«Los reyes deben oírte, ¡oh ilustre viejo! No hagas esperar a los reyes... Y si temes que te acojan friamente, dirígete al dulce país de las Biblias y de las pipas, a la antigua patria donde reina una hermosa niña, y dile: «Reinita: tú que eres tan buena como blanca y hermosa, mírame viejo y solo; y ella te brindará su apoyo, y con tu ruda mano sobre su espalda virginal, iréis de reino en reino, y Antígona desde la sombra sonreirá dulcemente a Guillermina.»

«Pero si la Reina vacila, ¡ay, todo es posible, y sólo recoges en las páginas de tu vieja Biblia una lágrima de sus ojos azules, ¡ah!, entonces, cuando atraveses de nuevo la Europa para ocultar en tu patria tus desengaños, no aceptes las aclamaciones, rechaza las flores, cruza París de noche, solo, sin músicas y sin guirnaldas.»

«Y si alguien te pregunta, respóndele:—Basta, basta. Dejádme volver a mis montañas, solo y triste como un león herido. No vete a Francia a pedir letreros de talco, grabado en cintas de colores. Hemos peleado para asombrar al mundo. Hemos conseguido nuestro objeto. ¡El mundo nos contempla con asombro!»

Fumando una princesita

De vez en cuando, por lo general los días festivos, como los horteras, me permito el lujo de tomar café en el casino después de comer, mientras me fumo una princesita y me leo ocho ó diez periódicos, de los que muy pocas veces suelo sacar algo en limpio.

Ayer no era día festivo, pero necesitaba trabajar por la tarde, y para hacer más rápida la digestión de la comida y sacudir esa indolencia, ese sopor invencible que, después de la comida, suele apoderarse de los que paseamos poco y distribuimos el día entre la oficina y la redacción, sentí deseos de tomar una taza de café con las acostumbradas gotas del acostumbrado cognac.

Llegué a la caldeada galería del casino, me hice dueño de los tres ó cuatro periódicos disponibles que había en el gabinete de lectura, ocupé una mecedora, encendí la princesita y me sirvieron el aromático moka, no tan moka ni tan aromático como hubiera sido mi deseo.

Detrás de los cristales de una de las rasgadas ventanas de la galería, la columna de mercurio del termómetro perezosamente se decidía a marcar dos grados sobre cero, y allá abajo en el paseo—con sus árboles desnudos como es quietos que levantarán los brazos indignados por el despojo de que eran víctimas—giraban en confuso torbellino las hojas amarillas y secas, entonando esa triste sinfonía que a los tísicos y ancianos enfermos debe sonarles a marcha fúnebre, digno acompañamiento de sus toses desesperantes.

Entre los círculos de hojas que giraban como jugando *al corro*, igual que en las hermosas tardes de primavera jugaban las niñas, asiduas concurrentes al paseo, se destacaban las simpáticas figuras de dos desaharrados *golfos* que á veces arrastraban sus casi desnudos cuerpos entre aquella hojarasca que convertían en crugiente colchón, donde se revolcaban sonrientes y alegres. No tenían zapatos, pero las hojas, más compasivas que los hombres, les proporcionaban mullida alfombra y motivo de diversión y de regocijo.

Otras veces se arrojaban puñados de hojas al rostro y correteaban, riéndose alocadamente y despreciando los crueles latigazos con que el helado venticillo de la vecina sierra sacudía sus ateridos cuerpos.

Columpiándose en la mecedora y lanzando espirales de humo, contemplaba yo con tristeza en el desierto paseo, a los pobres muchachos para los que no están reservadas las gratas caricias del «chubersky» ni las princesitas de veinticinco céntimos, y únicamente de vez en cuando apartaba de ellos la mirada para pasar la vista por el periódico que tenía entre las manos, ó cuando llamaban mi atención las frases ó carcajadas de los que inmediatos a mí jugaban al tresillo y entretenían alegremente sus ocios entre una temperatura de diez y ocho grados que empañaba los cristales de la galería.

El frío arreciaba cada vez más, según me decía el termómetro con su mudo lenguaje; el

viento balanceaba los desnudos árboles, y las hojas dejaban de perseguirse por el suelo, subiéndolo alto hasta arañar en los cristales, como queriendo despertar la compasión de los que nos encontrábamos fuera de aquella atmósfera desapacible é ingrata.

Los alegres y corretones *golfos*, ocultando como mejor podían sus desnudeces, y quizás buscando algún hospitalario rincón que les resguardara de la ventisca que comenzaba sus preludios, abandonaron el solitario paseo, y en aquel momento, y preparándome también para dejar la cómoda mecedora, pasé la vista por la sección telegráfica del periódico, y me encontré con las siguientes líneas, fechadas en San Sebastián:

«En la aduana de Irún han despachado ocho grandes cajas destinadas al palacio real, que contienen 28 trajes para el equipo de la princesa de Asturias.»

Y... salté del casino embozado hasta los ojos y pensando en el comentario que hubiera puesto a la noticia aquellos *golfos* que momentos antes arrastraban sus cuerpecillos amoratados entre las amarillentas hojas del paseo...

JOSÉ RODAÑO.

Epidemia de orden

¿Qué tifus, ni qué viruela, ni qué cólera pudieron nunca compararse en intensidad con esta epidemia de orden que ha acometido a varios republicanos? Si no decrece, esto va a ser un desastre.

No se oye hablar, entre los republicanos tibios y los monárquicos pancistas, más que de procedimientos legales, de melosidad en el lenguaje, de evolución...

Las palabras jacobino y demagogo (con las cuales me honro, entre paréntesis) brotan a cada instante de los labios de tan sensatos y prudentes varones, para dejarlas caer sobre nosotros con desdén risible.

En cambio, la de revolución los asusta, crispas sus nervios, los desquicia; y á no ser; porque se distraen algún tanto solicitando destinos ó favores del gobierno, nos aplastarían bajo el peso de su ridícula cólera.

Se han agarrado a una palabra, patria, la más santa cuando lleva al sacrificio, pero no cuando se invoca para explotarla, y con ella hacen juegos malabares que aplauden entusiasmados los monárquicos, y con muchísima razón, puesto que ellos son los que salen ganando.

¡La patria! ¿Qué será la patria para esa gente? Porque no supongo que la vean en la turba de bandoleros de frac que saquea a España, ni en el hormiguero de frailes que la explota, ni en la prostitución, el agio y el libertinaje que en todas las esferas dominan.

Ni tampoco en los que pactan con el extranjero el desmembramiento del territorio nacional y nos han traído a tan deplorable estado, que el nombre de España se pronuncia hoy en el mundo con desprecio ó con lástima.

No, no pueden verla, porque la patria no está ahí. La patria está en esos labradores á quienes se les vende las fincas para que los parásitos derrochen su producto en fastuosidades insustentables; en los industriales que se arruinan, en los jornaleros que emigran por falta de trabajo; en los obreros que se mueren de hambre.

En todos los que se afanan y producen; en los honrados y los dignos; en los que sienten aún circular por sus venas la noble sangre de los que se arruinaron en la política, en vez de medrar como hoy se usa.

En esos y con esos está la patria, que no perecerá nunca por los desórdenes que se vea obligada á promover para el triunfo de las ideas progresivas, pero que podría sucumbir por debilidades femeninas y temores injustificados.

Y todos esos, que son las verdaderas fuerzas vivas del país, prefieren que continúe la monarquía á que venga una República que deje todo como está, y que se crea salvadora porque suprima los millones de la lista civil.

Y lo prefieren, no sólo porque no merece la pena de perturbar tanto para ganar tan poco, sino porque, en tal caso, perderían hasta la esperanza que hoy tienen de que sus males presentes alcancen remedio algún día.

Pues una República de apóstatas y monárquicos arrepentidos desacreditaría la institución,

indignaría a los leales, incitaría a los ambiciosos, fomentaría la inmoralidad y aumentaría el excepcionalismo en las masas, que ya sostienen que la política no es más que un globo para elevarse a las regiones de la fortuna, así como yo sostengo que ese orden tan preconizado no es más que el antifaz con que se cubren muchos republicanos, pesados de no haberse puesto a tiempo al servicio de la restauración.

JOSÉ NAKENS.

Comunicado

Señor Director de EL BALUARTE.

Muy señor mío de toda mi consideración: Estando en los tribunales el asunto *El escándalo de Ecija*, a virtud de denuncia mía, guardo por hoy el debido silencio, prometiendo volver a él si las circunstancias obligan.

El motivo de estas líneas es contestar con hechos claros y concretos a los maliciosos, ignorantes o individuos de mala fé que, en mi denuncia en la prensa y en los tribunales, del supuesto parto de D.^a Francisca Pérez de Barrada y de sus dos edades, declaradas bajo juramento el día 7 de Marzo—salvo error—de este año, por la misma señora, han querido ver como único móvil pequeña y ruin venganza, ó cosa análoga ó por el estilo.

En mi comunicado inserto en EL BALUARTE del 12 de Noviembre último expliqué lo mejor posible cuál fuera ese móvil; pero no se comprendió, ó quizá no se quiso comprender por esas individualidades á que antes aludo. Ahora voy a dar detalles más extensos y más inteligibles.

En el pleito de menor cuantía por mí seguido contra dicha señora por cobro de honorarios—Noviembre de 1899 á Abril de 1900—como no pude probar, á menos de haber asistido el enfermito acompañado de notario, toda la asistencia, el fallo fué contrario á mi justa pretensión, y apelé.

El último día del término ordenado por la Ley, era, según tuve entendido, el 21 de Abril. Mi abogado director, residente en Sevilla, me llamó el 20 por telégrafo, pidiéndome un poder á procuradores, el cual se extendió casi á la media noche, y el 21 me presenté á mi abogado á las doce del día, quedando conformes en todo lo relativo á la apelación.

A las cinco de la tarde lo visité para despedirme, y entonces me anuncié que hacia cuatro días se había declarado desierta la apelación, es decir, que, sin yo saberlo, abandoné mi perfectísimo derecho de defensa, agregándome que la cosa no tenía ya remedio.

Figúrese, amigo Director, cómo recibí y la inesperada y sorprendente noticia, cuando con urgencia se me llama, con urgencia se hace el poder y con urgencia hago el viaje. ¿Qué había pasado? ¿Misterios y misterios!

Aquí, en Ecija, se elude el pago de mis honorarios, porque me faltan las pruebas que le faltan á todos los médicos en los casos en que los clientes se pongan de mala fé; en esa capital, en Sevilla, me quedo indefenso, porque se supone que he abandonado la apelación, cuando precisamente apelé para defenderme.

Ante hechos como los que dejo expuestos y como los que se encuentran *sub judice*, dígame, amigo Director, si no me asiste razón sobradísima para acudir al tribunal de la prensa y á los tribunales de justicia.

Porque no puedo probar, me molestan en Ecija en mis intereses y en mi reputación profesional; porque me suponen abandonando la apelación, me quedo en Sevilla sin defensa. ¿Y al uso y al empleo de los medios que esclarezcan situaciones asaz nebulosas y concurran á mi defensa se les quiere calificar de venganza?

Creo haber dejado suficientemente explicada mi conducta, y termino ofreciéndome de usted como su más atento y afectísimo seguro servidor, q. b. s. m.,

RAFAEL FERNÁNDEZ RAMÍREZ.

Ecija 8 de Diciembre de 1900.

La muerte de la madre de Gambetta

Ví morir á la madre de Gambetta, y este espectáculo, con las circunstancias dramáticas que lo acompañaron, con los menores detalles que lo han grabado en mi espíritu, quedará siempre ante mis ojos, rodeado de su grandeza y de su sencillez conmovedoras. Era la madre de Gambetta una buena anciana, una pobre mamá buena y dulce, envanecida y medrosa á la vez de la gloria de su hijo. De continuo oía hablar de él, porque su gran nombre sonaba soberbiamente por el mundo; pero no lo veía nunca, y allí en su jardincito de Niza languidecía pensando en él.

Un bello día, en fin, no pudo más, y quiso venir á verlo en París. ¡En París, Dios mío!... El anciano padre quiso retenerla, y la otra vieja de la casa, Miette, la buena Miette, levantaba al cielo sus delgados brazos.

—Pero, mi pobre señora, un viaje tan grande y en la presente estación! Eso no tiene sentido común.

No, no tenía sentido común; así decía la pobre Miette. ¿Pero quién puede detener á las madres que van á ver á sus hijos?

Sintiéndose con veinte años menos, saltó al

tren, que ella no había tomado nunca, y de una tirada llegó á este París, tan grande y tan lleno, sin embargo, de su hijo....

Tenía también una hija, cuyo esposo era preceptor en Saint Mandé; á la casa de ella se hizo conducir, muy dichosa de haber llegado, ¡pero tan fatigada, tan completamente desfallecida!

En la noche se inició un ataque cerebral fulminante. Cayó en el lecho agonizante. Cuando Gambetta corrió á verla, la encontró acostada en su pobre camita de hierro, inerte, con los ojos vidriosos; reconoció todavía al hijo de su carne y de su corazón, pero no pudo articular palabra. Se iba ya la buena señora; apenas podía mover sus labios blancos; de su pecho se escapaba un silbido ronco, un silbido de muerte que iba debilitándose cada vez más.

Tres días duró tal situación; la enferma perdió el conocimiento para no recobrarlo más. Nos hallábamos entonces abismados en los negocios de Egipto, en el pleno corazón de esta discusión conmovedora, de este grande y solemne debate en que los intereses del momento y todo el glorioso pasado de la Francia se miraban empeñados, y que Gambetta seguía con su pasión de patriota. Todo el día estaba en la Cámara ansioso, agitado, sobreponiéndose á sus angustias filiales no pensando más que en la Francia, en la otra madre, en la madre inmortal. Pero apenas terminada la sesión, volaba á San Mandé, y pasaba la noche cerca del lecho de la enferma, calentando entre las suyas la mano fría de la moribunda espiondo en los ojos inmóviles de ella una luz que no parecía.

Después, un día, debió ingerirse directamente en el debate y tomar la palabra.

Fué su último discurso un admirable grito de elocuencia y de pasión, el desbordamiento del patriotismo, un canto de amor para la patria, que emocionó vivamente á la Cámara é hizo estremecer á la Europa entera... En el mismo instante, precisamente á la hora en que esta gran voz, la voz del hijo tan amado, resonaba con magníficas notas, hablando á la Francia y al mundo, allá abajo, en el opuesto extremo de París, la madre exhalaba el postrer aliento.

Yo la ví crisparse en la última convulsión, y dormirse después en la eterna calma de la muerte. Fienzal, el pobre Fienzal, ausente hoy también de este mundo, me dijo secándose los ojos: «¡Todo ha concluido!» Antes de un año, en Ville d'Avray, debía repetirme á esta frase terrible; y esta vez ¡ay! era el mismo Gambetta quien partía Corri á la Cámara. Gambetta acababa de descender de la tribuna. Me vió:

—¡Y bien!

Le esché la mano:

—¿Y bien? ¡Hay que tener valor!...

Y momentos después—¡qué escena, y cuál se reproduce ante mí tan llena de verdad, tan viva como en el primer día esta triste velada de muerte!—el tribuno, el hombre cuya ardiente palabra volaba en aquellos minutos en alas del telégrafo á las cuatro partes del mundo, este gran corazón, caía aniquilado cerca del pequeño lecho de hierro.

Su pecho estallaba en sollozos desgarradores, y la voz tonante que acababa de imponerse á tantos espíritus, adquiría flexiones tiernas y suplicantes, balbuceaba la palabra no olvidada, la palabra de los niños y de los grandes hombres:

—¡Mamá... Mamá!...

En la calle se pregonaban los primeros diarios de la noche, y el grito de los vendedores ascendía y llegaba hasta nosotros:—El discurso de Gambetta. Pedid el discurso de Gambetta....

EMMANUEL ARENE.

De actualidad

DE LA PENINSULA

El Correo examina los discursos de Gamazo y Castellano, hallando contradicciones entre la afirmación del fracaso de Silvela y la necesidad de que continúen estas Cortes.

Rechaza la teoría de los gobiernos de circunstancias, defendiendo la subsistencia de los grandes partidos, como acontece en Inglaterra.

La comisión de presupuestos del Congreso dictaminará por secciones.

El martes presentará las obligaciones generales.

Es probable que el lunes comience en el Congreso el debate sobre el convenio del Exterior.

El primero de Enero se publicará el decreto prorrogando los actuales presupuestos, pero el gobierno quiere que se discutan los nuevos presupuestos y que comiencen á regir en Marzo.

Dicen de Murcia que la trichinosis hallase estacionada.

Ninguna nueva invasión; dos fallecidos: varios enfermos siguen gravísimos.

Por no ocurrir nuevos casos, renace la tranquilidad.

Los íntimos de Pidal afirman que permanecerá retraído de la vida activa, mientras sigan el poder los conservadores, pero niegase á realizar acto alguno de hostilidad que puedan achacarle la caída del Gobierno.

En Bilbao celebróse un mitin socialista, concurriendo las sociedades obreras.

Asistieron 700 individuos. Les hablaron Redondo Villanueva y Perezegua, abogando por el levantamiento de la suspensión de garantías.

En los Jardines del Retiro verificóse banquete en honor de Blasco Ibañez.

Habíase instalado una barraca bajo un parral y un grupo de naranjos.

Tambores, guitarras y otros músicos tocaron y hubo parejas de baile, todas con los trajes típicos.

La mesa presentaba brillante aspecto, asistiendo periodistas, literatos, diputados y exministros.

Llegado al Champagne, leyéronse adhesiones cariñosas y hablaron, entre otros, Amalio Gimeno, Alonso Cebado y Blasco Ibañez.

Siguen los trabajos para inteligencia de varios elementos de distintos matices políticos incluso algunos ministeriales, para ponerse en condiciones de alcanzar el poder é inutilizar á Sagasta.

El carlista Pradera promoverá un incidente en el Congreso con motivo de los nombres que publica *La Patria*, de Barcelona, de los que contribuyeron al levantamiento de las partidas.

Reunióse el directorio liberal en el Senado.

Presidió Montero Ríos y asistieron Gullón, Groizard, Veragua, Eguiñor, Núñez de Arce, marqués de Reinosa y secretario Balaguer.

Otros excusaron su falta de asistencia. Marcóse la conducta para los próximos debates á fin de combatir el decreto de Dato; luchar en las secciones presentando frente á la candidatura ministerial la de los Sres. Groizard, Eguiñor, Dávila, Villanueva, Cobián y Vallarino.

En el caté Inglés celebróse un banquete organizado por los canarios en honor de Pérez Galdós, siendo 70 los comensales.

Leyóse adhesión de Weyler.

Hablaron Estévez, García Guerra y otros varios.

Galdós, agradecido, hizo un discurso patriótico, con censura para el pesimismo.

Terminado el banquete, Galdós fué saludado por Blasco Ibañez.

Sánchez Toca dirigió telegrama al ingeniero jefe de la división de ferrocarriles de Andalucía, diciendo, que enterado por la catástrofe ferroviaria de Córdoba, de que existen grandes deficiencias en el servicio, ordena que se forme expediente.

DEL EXTRANJERO

La reina Guillermina obsequiará con un banquete á Kruger.

Según *El Echo de Paris*, Guillermina dijo á Kruger:

—Tened confianza en Dios que sabrá protegeros. Yo os demostraré mi amistad cuando sea llegado el momento.

Kruger tratará de avistarse con lord Salisbury.

Anoche en Lyon ocurrieron violentas escenas en la reunión de los socialistas.

Organizaron una manifestación con bandera roja.

Trató de quitársela la policía y ocurrieron tumultos, resultando dos heridos.

Se hicieron detenciones.

Los boers se han apoderado de 17,000 carneros que conducía un destacamento inglés.

Inglaterra gratificará á las tropas del Transvaal.

Según despacho de Berlín, en Dillferdingr ha habido una horrosa catástrofe ferroviaria.

Al pasar un tren de viajeros por un puente de siete metros y medio de altura, hundióse el puente cayendo parte del tren y máquina.

Los fogoneros se salvaron. Muertos 6 pasajeros; heridos 7.

Los buques de guerra yanquis *Iowa*, *Philadelphia* y *Century* irán á Manila á proteger los intereses.

Catástrofe ferroviaria

El sábado en la noche se tuvieron en Sevilla

las primeras noticias de la catástrofe ocurrida en la mañana de aquel día, entre las estaciones de Obejo y el Vacar, en la llamada línea de la Sierra.

Hé aquí las noticias que del terrible accidente publica la prensa de Córdoba.

COMO OCURRIÓ EL CHOQUE

El fogonero Eduardo Muñoz que iba presentando sus servicios en el tren de mercancías, dice que la desgracia ocurrió á las ocho de la mañana, en el kilómetro 27 de la línea férrea de la Sierra, entre las estaciones de Obejo y el Vacar á unos seis kilómetros de este punto.

A la hora indicada, el tren de mercancías, compuesto de 21 vagones y 11 bateas, con dos máquinas, marchaba en sentido descendente. El tren de balastro, que había cargado grava entre Obejo y el Vacar, en vez de apartarse en el primer punto, avanzó hacia el segundo, con la velocidad ordinaria, que también era la del mercancías.

Una curva muy pronunciada de la línea impedía que se vieran los maquinistas de ambos, hasta hallarse muy cerca. Momentos antes de ocurrir el choque, el del primero divisó la cola del segundo tren y se cogió á la palanca para dar contravapor, pero ya desgraciadamente era tarde.

Los dos trenes chocaron, convirtiéndose en un montón informe de astillas y de seres destrozados entre aquellas.

El maquinista Antonio Martín, aunque tuvo tiempo de arrojar al suelo, no quiso abandonar el cumplimiento de su deber y dejó de existir heroicamente, con las manos aferradas á la palanca, quedando en la posición en que se hallaba, sujeto entre la máquina y el tender, que al destrozarse, le clavó los hierros del balcón en la espalda, causándole la muerte.

Eduardo Muñoz fué despedido por la máquina, sufriendo sólo pequeñas contusiones en la cabeza y en un pie.

Componían el personal del tren de balastro 31 obreros, maquinista, fogonero, guardafreno y jefe de tren. Algunos de los primeros se arrojaron al advertir la inminencia del peligro.

EL SITIO DE LA CATÁSTROFE

A las cinco y treinta de la tarde llegó la comitiva al teatro del suceso, presenciando un espectáculo verdaderamente aterrador.

Dos máquinas destrozadas sobre la vía, coches y vagonetas hechos astillas, revueltos con las mercancías de los trenes, hierros torcidos y rotos en mil pedazos, y entre todo ese montón informe, restos humanos ensangrentados, destacándose, como una figura de cera, el cadáver del infortunado maquinista Antonio Martín, joven de 28 años, que conservaba la posición en que le sorprendió la muerte.

La caldera de una de las máquinas del tren de mercancías reventó al choque, no sufriendo desperfectos únicamente la del tren de balastro, que sirvió para conducir á Córdoba á los primeros heridos.

Algunos vagones quedaron montados sobre otros, y varios se clavaron en el suelo por uno de sus costados.

Dentro de un coche veíanse una pierna y otros restos de dos personas.

A las seis de la tarde, varias brigadas de obreros empezaron los trabajos para la extracción de cadáveres, trabajos que habían de durar largo tiempo, por hallarse aquellos debajo de grandes montones de hierros, maderas y algonos de carbón.

La situación en que estaban las dos máquinas impedía extraer en aquellos momentos el cuerpo inanimado del maquinista, pues era preciso para lograrlo hacer pesadas maniobras.

El aspecto que presentaba el paraje indicado á la luz de los hachones con que se iluminaban los obreros, era siniestro y producía pavor.

OTRAS NOTICIAS

El número de muertos es de 8 y el de heridos de 21. Entre los primeros se encuentran los hermanos Miguel, Juan y Antonio Otero Ascóna, naturales de Espiel y obreros del tren de balastro. El otro hermano, Julio Otero, resultó herido gravemente.

Fueron detenidos el jefe y el guarda aguja de la estación de Vacar.

Al ser interrogado el jefe de la estación del Vacar, que estaba impresionadísimo, se declaró único culpable de la catástrofe, aunque moralmente lo es la empresa de ferrocarriles, pues le tiene encomendado un trabajo que sólo le deja libres dos horas escasas para dormir.

Una orden telegráfica equivocada para dar salida á uno de los trenes que chocaron fué la causa del terrible suceso.

Ninguno de los heridos que se encuentran en el hospital de Córdoba ha fallecido. Los más graves son los obreros Casimiro León Sánchez y José Rodríguez Godoy.

La horrible catástrofe ha causado tristísima impresión.

Noticias locales

TIRO Á PICHONES

En la tirada á pichones celebrada ayer tarde en Tablada tomaron parte los señores D. Carlos Pérez de Guzmán, D. Félix Pérez Machuca, D. Joaquín Rodríguez Garay, D. Roberto Osborne, D. Manuel y D. Clemente del Camino, D. Roberto González Solís, D. Félix Urcola, don Adolfo González y D. José de la Quintana.

Primera piña de incremento, á un pájaro, la ganó D. Manuel del Camino.

Segunda, convencional á un pájaro, la ganó D. Clemente del Camino.

Tercera, á un pájaro, la ganó D. Clemente del Camino.